



América Latina

LA VIOLENCIA

EN uno de sus primeros cuentos memorables Julio Cortázar nos propuso la enigmática figura de dos hermanos solitarios que viven confinados en su propia casa, de la cual son expulsados, habitación tras habitación, por una fuerza desconocida, implacable y sin rostro («Casa tomada», en *Bestiario*, 1951). En un cuento más reciente y no menos inquietante («Segunda vez», en *Alguien que anda por ahí*, 1977), Cortázar nos propone una figura polar: una pareja de jóvenes se encuentra en una casa anónima donde han sido citados para un interrogatorio que no se enuncia, y a consecuencia del cual desaparecerán dentro de la casa, devorados por la fuerza inapelable que la ocupa. Si el primer relato podría también ser leído como el emblema de la pérdida del lugar, el segundo ilustra emblemáticamente la pérdida del cuerpo en

JULIO ORTEGA*
en colaboración con
CECILIA BUSTAMENTE

el lugar ocupado por la violencia. Entre uno y otro, la historia usurpada de América Latina subraya los signos de su distorsión.

La primera pareja es también, de algún modo, una pareja final: discretamente, al fin de su propio linaje, van abandonando la casa tomada resignados a su expulsión de este paraíso tradicional; su condición de hermanos sólo duplica su soledad, su muerte en el eros extraviado. Han perdido inicialmente sus propios cuerpos, al fin de un mundo excesivamente

privado, y para ser fieles al mismo sólo pueden cumplir con pulcritud el ritual de su caída. De algún modo, ellos saben que es demasiado tarde para el mundo que cultivaban y al que se debían: el lugar ya no les pertenece, y el tiempo es un invasor enemigo. En cambio, la segunda pareja ignora el poder devorador de la casa donde se los juzga: sus cuerpos son inocentes, pero sobre todo vulnerables y, notoriamente, incapaces de dar noticia de su propia destrucción. Como los asesinos de «El Matadero» de Echevarría, los ocupantes de la casa son casuales e implacables: el poder es el que sabe, las víctimas son los que ignoran. La represión figura en ellos su banalidad y su rutina: son la policía no demasiado secreta de un Estado que traga los cuerpos inocentes con su maquinaria clandestina y pública. Sus cuerpos intactos están abiertos por el eros virtual, que irá a

* Profesor de la Universidad de Texas at Austin.



ruptura. Así, las fuerzas de invasión y de ocupación figuran —como ocurre en tantos textos latinoamericanos— el agente externo que irrumpe en los espacios codificados con su ruptura crítica y su promesa liberadora. Sin embargo, en «Casa tomada» encontramos una variante intrigante de esa simetría: las fuerzas externas ocupan, en efecto, un espacio de la tradición, pero nada en ellas promete el cambio y, mucho menos, la liberación. Tanto ocurre como si frente al deterioro del código tradicional, la invasión sólo fuese a reemplazar a los habitantes fantasmáticos sin realmente transformar el espacio simbólico de la casa. Si esta conclusión melancólica nos es, tal vez, impuesta por la resignación de los hermanos expulsados, no tenemos otra evidencia de parte de la fuerza exterior ocupadora sino su ciega determinación. Tal vez ocupar la casa no asegura la impugnación. Tal vez en el ciclo de perder el lugar y de invadirlo no persiste el sentido liberador. Porque también los ciclos de la recuperación del sentido son transformados por la historicidad: en un mundo configurado por la violencia de todo orden, las mediaciones que prometen el acceso al sentido han sido distorsionadas; y, así, de una a

por ello culpable. Entre la citación y su desaparición, el cuerpo es un texto sancionado por el poder ocupador de los textos, por la autoridad de una escritura mortal, que convierte al lenguaje en un crimen. Por eso, si el primer relato podía ser percibido como fantástico, aunque su incidencia crítica es notoria, el segundo relato es percibido como una parábola de la denuncia. En uno, la literatura misma actúa como intertexto; en el otro, ese intertexto es el cuerpo. Si el primero nos aguarda en su enigma, el otro nos aguarda en su distinto horror.

Estas dos figuras (que quizá son una, paradigmática) ilustran la diversa aparición de la violencia latente o explícita, en la narrativa de Julio Cortázar, cuya obra ha ido respondiendo a los lenguajes autoritarios con la escritura de una sensibilidad política hecha en el drama histórico latinoamericano de las dos últimas décadas.

Su defensa de los derechos de la imaginación —esa zona de convergencias y aperturas donde su obra nos comunica con el sueño, el juego y la libertad— no podía sino conducirlo a la indignación y a la adhesión, a la política recuperada como una emotividad solidaria y crítica. Es así que su novela *Libro de Manuel* —donde las vías de convergencia entre poética y política están evidenciadas como un posible texto aleatorio— puede también ser leída como una «novela de educación política»; porque en ella el relato de la violencia diaria en América Latina es recortada de su cotidianidad natural y entregado al lector naciente, a ese Manuel cuyos alimentos terrestres han sido marcados por la historia. Libro para Manuel, y manual del libro: desde su propia irónica moral del fracaso, desde su valor de proyecto haciéndose críticamente, esta novela del aprendizaje es, por eso, también un texto actual del cambio; o sea, una anticipación de esa nueva literatura que recupera hoy mismo su valor de impugnación para recobrar así al lector del territorio (naturalizado como distorsión) de la violencia.

No es, por cierto, fortuito el hecho de que las distintas formas de la violencia irrumpan en la literatura hispanoamericana (ni siquiera Borges ha dejado de ser atraído por su entonación); y, en un sentido, podría asegurarse que el estado entrópico que la violencia impone a la historia (como un desgarramiento del tejido social), es reprocesado por la escritura; de tal modo que podría también decirse que la escritura de la violencia es una formalización, un intento por entender y



Las madres de los desaparecidos han seguido manifestándose cada jueves en la Plaza de Mayo de Buenos Aires.

ser cegado por un Estado omnipresente: la autoridad los condena de antemano, más allá de cualquier inocencia o culpa, en el espacio naturalizado de la violencia indistinta. Esos cuerpos, por ello, se aproximan, ya no solitarios sino solidarios, al borde del abismo represivo.

En las simetrías del espacio cerrado que es fracturado por una fuerza externa, la modernidad enseña que la necesidad del cambio se ilustra en el repertorio de la impugnación y la

otra casa la historia transcurre con señales de pavor creciente.

Por otra parte, si los habitantes de la primera casa eran lectores de textos franceses que recibían por el correo, y la lectura parecía otra frágil marca de su alienación, los jóvenes citados en la segunda casa son el propio texto que el poder recodifica, porque sus cuerpos se definen en el interrogatorio tático; y la información que se les demanda es la básica enunciacón de su vida por anticipado sospechosa y

LA VIOLENCIA

ordenar esa información entrópica que es un escándalo de la inteligencia.

Desde los primeros cronistas americanos es notorio este trabajo de la escritura que busca recodificar los hechos de la violencia, aparentemente gratuitos y dispersos. El Inca Garcilaso de la Vega es tal vez el primer escritor americano fascinado por ella: la utopía americana responde como buen gobierno a la errancia histórica de la violencia conquistadora. El cronista indio Guamán Poma de Ayala no sólo describió sino que también dibujó el repertorio de la violencia colonial: utilizando los modelos iconográficos medievales, que había aprendido de los religiosos, dibujó en su *Nueva Crónica* la humillación, el castigo, el encarcelamiento, la servidumbre y, en fin, el suplicio del naciente (y ya muriente) cuerpo latinoamericano. La sincronía irónica entre la iconografía medieval (forma significante) y el desgarramiento colonial (forma del significado) es otra de las marcas productivas de un texto en formación, que es ya una inscripción latinoamericana, una diferencia.

Ahora bien, la escritura que busca fijar la práctica de la violencia acude, necesariamente, al cuerpo como el lugar donde se reproduce esa práctica pero también donde se genera su crítica y su cuestionamiento. El cuerpo latinoamericano está inscrito en esta literatura en un estado de emergencia: su nacimiento (conquistado y colonizado) no es menos zozobante que su destino actual (saqueado y reprimido). De allí la descartada y elaborada presencia de ese cuerpo que se expresa por todas sus heridas en la imaginaria del barroco americano. De allí también el lenguaje corporal de la fiesta mexicana de la muerte. Imágenes donde la violencia se ha transformado dando los frutos dramáticos de su interpretación popular. En el relato mediánico del Inkarrí (Inca y Rey: cuerpo doble y uno), los campesinos peruanos de hoy interpretan la violencia histórica desde su cultura mítica. Según este relato los españoles le cortaron la cabeza al dios andino y enterraron su cuerpo bajo la tierra del Cuzco; pero ocurre que Inkarrí no está muerto sino que bajo la tierra su cuerpo ha seguido creciendo, y cuando se complete despertará y se levantará, y con él volverá la justicia. Ese cuerpo arquetípico resume en su aventura histórica y mesiánica los ciclos de un orden mítico del mundo: el equilibrio debe ser restituido, piensan los hombres del Ande; y para ello sólo tienen su



La policía impide una manifestación en Argentina.

cultura, la que les promete la restitución de su propio cuerpo.

Ese cuerpo latinoamericano vive por lo menos cinco formas explícitas de violencia:

1. *La violencia histórica*, que es la padecida en los procesos históricos mismos y cuyo centro anuncia una situación ilegítima: porque si el Estado, según la definición clásica de Weber, es el depositario de la «violencia legítima», en América Latina los Estados nacionales se han demostrado carentes del consenso autenticatorio y, en verdad, sólo instrumentos de las sucesivas clases dominantes; de tal modo que esa legitimidad consensual de la violencia del Estado en estos países resulta, más bien, una legitimidad dudosa, y, en la mayoría de los casos, una franca ilegitimidad. Por lo demás, parece evidente que estos Estados no representan a las naciones de cada país, pues su vocación ha sido muy poco pluralista y, por el contrario, también la expresión orgánica de la minoría dominante. El modelo «republicano y democrático» bien pronto se demostró en contradicción: la modelización del Estado latinoamericano probó, en varios países, ser más destructora que la misma dominación colonial. Pero la violencia histórica tiene todavía otra seria consecuencia: la destrucción de la conciencia histórica misma. La historia se nos aparece como una disolución, y su continuidad como una amenaza: de allí que requiramos exorcizarla, dejarla pronto atrás, olvidarla. Casi en cada país

latinoamericano se dice que «el pueblo olvida», o que «el pueblo no tiene memoria». Nuestros presidentes fracasan escandalosamente, pero son reelegidos; hasta nuestros tiranos retornan «democráticamente». Tal vez es un optimismo ilustrado confiar en una conciencia crítica como formación histórica, pero es una ironía el relativismo nuestro. ¿Cómo representarnos el cuerpo victimado por esta violencia? Como *cuerpo alienado*, probablemente. Porque está desprovisto de su centro crítico por una historia que le niega la conciencia y la madurez, condenándolo a repetir los gestos primarios de su propia manipulación. Y, sin embargo, en este mismo cuerpo alienado la literatura nuestra inscribe los signos de una respuesta a la historia. Porque para nuestra literatura la ilegitimidad del Estado significa que la república ha sido mal fundada y, por tanto, que hemos vivido una historia sustitutiva, lo cual deduce que la historia está por hacerse, la república por construirse y el Estado mismo por sustentarse. De allí que vivamos no una conciencia de la historicidad, sino una conciencia de la virtualidad: la realidad misma está por hacerse, y tanto la política como la imaginación nos prometen en su discurso el acceso a ese mundo virtual donde el cuerpo reconocerá sus derechos y poderes. Con esta persuasión utópica, que es sustantiva a nuestra cultura política, responde la cultura latinoamericana a su experiencia histórica de la violencia. No menos visibles son otras recu-

peraciones que se propone el discurso mismo en tanto materia inscrita y cambiante. El *Martín Fierro*, por ejemplo, intenta recuperar el cuerpo del gaucho de su desaparición social e histórica como signo, precisamente, de esa marginalidad de que el arte requiere ante los procesos de absorción; y lo hace desalienándolo, dotándolo del cuerpo incesante del lenguaje al convertirlo en el cantor que hace del canto su existir.

2. *La violencia estructural*, concepto introducido por el sociólogo Johan Galtung, que se mide por la diferencia entre la expectativa óptima de vida (los Estados Unidos y Cuba, hoy alrededor de 70 años) y la verdadera expectativa de vida en otros países (alrededor de los 55 años en el resto de América). En términos internacionales, la diferencia notoria entre el consumo de los países ricos y el de los países del Tercer Mundo marca la intensidad de esta violencia. En términos internos, podría añadirse, la mala distribución de la renta, la selectividad de los servicios, la situación creciente de injusticia social, supone la mayor posibilidad de vida de unos y la menor probabilidad de sobrevivencia de otros, los más. Como dice Galtung, la sociedad tiene recursos para dar un número promedio de años de vida a sus miembros, pero las condiciones sociales establecen la variante decisoria: cuanto más baja la posición social, menor es el promedio de vida.

La situación de los países subdesarrollados es, ciertamente, dramática

	País	Año	Promedio de vida	Año	Promedio de vida
POBRES	Cuba	1955	59	1965	66,8
	Guatemala	1949	43,7	1963	49
	Haiti	1950	32,6	1965	44,5
	México	1955	53,5	1962	62,4
	Brasil	1946	42,4	1965	60,7
	Chile	1952	51,9	1960	57,2
	Colombia	1950	45,1	1955	50,5
	Ecuador	1955	45,5	1961	52,4
	Paraguay	1955	54	1965	59,4
	Perú	1955	51,5	1964	54
RICOS	USA	1952	68,6	1964	70,3
	Alemania	1949	66,5	1963	70,2
	Francia	1950	66,5	1964	71,6
	Inglaterra	1948	68,8	1961	70,9
	Dinamarca	1951	71,2	1962	72,4
	Japón	1949	57,9	1964	70,3
	Canadá	1950	68,6	1965	72
	Noruega	1951	72,9	1965	74
	Polonia	1948	59,1	1965	69,8
	URSS	1955	66	1962	68

en todo sentido: la distribución del ingreso, la ingestación de calorías y nutrientes, y, además, el acceso a los servicios es, a todas luces, insuficiente y muy por debajo del mínimo asignado para el desarrollo físico y mental. Baste como ejemplo el caso del Perú, víctima desde 1975 de los programas del Fondo Monetario Internacional y la Banca crediticia, caso extremo del modelo intensificado de una dependencia financiera y un control del sistema sobre el proyecto económico nacional a cualquier costo

social interno. En Lima, el 46,7 por ciento de las familias no satisface la asignación de calorías, mientras que en las zonas rurales esta situación afecta al 54,3 por ciento de las familias (1971-72). En la crítica área rural, donde viven el 54 por ciento de las familias peruanas, las deficiencias alimentarias son más graves. El 70 por ciento de las familias rurales ingiere calcio por debajo de lo necesario, y lo mismo ocurre al 56 por ciento de ellas con la riboflavina y el caroteno. En cuanto a proteínas, si en Lima el 22 por ciento de las familias no las ingiere suficientemente, en el campo no lo hace el 42 por ciento. En buena cuenta, la mitad de la población del Perú está subalimentada, a un nivel tal que puede calificarse, sin hipérbolo, de sistemática reducción de la capacidad humana. En 1972 la expectativa de vida fue de 55,7 años, como Suecia en 1900-09 y Gran Bretaña en 1910-12. Si se observa la situación de la distribución del ingreso, en un país marcado por su dualismo entre el sector moderno y el sector tradicional, se encuentra que 750 empresas explican el 74 por ciento de la producción nacional, el 45 por ciento del consumo, el 45 por ciento de los ingresos, el 60 por ciento del capital instalado y sólo el 10 por ciento de los trabajadores del país (1973). Este sector moderno es el que el Estado nacional promueve: la ideología desarrollista sostiene este modelo que impone la conversión de la mayoría de la población en mera clientela que alimenta los mercados de ese sector en un intercambio del todo

En Perú, las manifestaciones de 1965 se reprimieron así.



LA VIOLENCIA

desigual. No extrañará, por lo tanto, que en el área de los servicios la desigualdad sea aún mayor; basta comprobar el porcentaje de familias que carecen de servicios en sus viviendas (1972):

Esta elocuencia del subdesarrollo que delata el abismo entre países ricos y países pobres, así como las distancias entre clases sociales dominantes y dominadas, sólo puede ser representada en un *cuerpo sobreviviente*. Y de las agonías de ese cuerpo saqueado ha dado cuenta la literatura latinoamericana en no pocos momentos; la novela llamada «de la tierra», por ejemplo, está animada por su capacidad de denuncia, y no conviene dejar de lado esta narrativa rural y documental con el mero adjetivo de novela «primitiva» frente a una actual más «moderna»; porque en ella se sustenta la necesidad de construir un ámbito americano ya alternativo a los modelos, precisamente, de la modernización.

Aunque su «americanismo» hoy nos resulta insuficiente, es claro que esta literatura (y la pintura y el ensayo que acompañó a los indigenismos ameri-

supone la práctica fascista. ¿Habrá que añadir algo a las evidencias de esa práctica en Uruguay, Chile y Argentina? La extraordinaria violencia de esos estados excede los peores momentos del oscurantismo histórico moderno. Y la guerra poco encubierta de exterminio ideológico abarcó un espacio equivalente a la sociedad misma, convirtiendo al ejercicio policial en la nueva norma de una restauración sangrienta. El país como campo de concentración deja ver, por lo mismo, la suerte de un *cuerpo negado* (preso, torturado, desaparecido, muerto y quemado). Y puede decirse que en estos años la represión en América Latina contribuyó siniestramente a los repertorios del autoritarismo con ese «cuerpo desaparecido»; porque si incluso en el campo de concentración nazi el cuerpo preso tenía una cifra marcada, ya que el delirio fascista llevó la estadística de su exterminio, en los países del cono sur americano, en cambio, este cuerpo desaparecido ya no podía siquiera documentar su propia muerte, siendo su desaparición una

derrota de los proyectos de emancipación progresistas y la dimensión de la regresión contra-revolucionaria en América Latina. Desde un exilio generalizado, esta literatura muestra los signos de una nueva sensibilidad política, que subraya la necesaria búsqueda de modelos alternativos para el cambio ante la lección del fracaso político de los hasta ahora ensayados. En la situación de crisis económica, persecución política y regresión internacional, esa búsqueda no parecería ser hoy propicia. Sin embargo, es en su articulación a los movimientos sociales que responden a la crisis, donde los nuevos proyectos decidirán su sentido. Una nueva literatura parece emerger en este horizonte convulsionado: un retorno a los elementos básicos de la comunicación literaria para restablecer el rol de la lectura y las nociones elementales de un diálogo elucidador y crítico. Pero al mismo tiempo, un retorno al cuerpo como fuente de recuperación múltiple: después de los experimentos modernos de la novela hispanoamericana de la década del 60, emergen hoy las exploraciones de lo popular, el habla carnavalesca, las formas del relato documental, la celebración de los sentidos, el habla festiva y la crítica anti-represiva. Sobre esos materiales se levanta un discurso del cuerpo como centro del nuevo texto impugnador. También por eso *Morirás lejos* (1967), de José Emilio Pacheco, es más actual hoy en su reedición: este texto brillante en torno al fascismo como modelo histórico recurrente es una denuncia sincrónica de la mecánica misma de la represión.

4. *La violencia institucional*, que en América Latina corre por cuenta de los aparatos ideológicos de Estado. En efecto, el proceso de socialización que esos aparatos promueven ilustra un peculiar tipo de violencia: la formación ideológica de un individuo cuyo *cuerpo reprimido* ha sido configurado no para la conciencia sino para la pérdida de la conciencia, no para la impugnación sino para la subyugación y, así, para la perpetuación del *status quo*. El papel incautador de la conciencia que efectúa la adecuación ideológica a la experiencia empírica, así como el rol regulador que cumple el sistema educativo, y también las jerarquías de valores, las pautas de conducta y las compensaciones sustitutorias, son un amplio repertorio de orden represivo. En el subdesarrollo, este sistema ideológico formativo es un horizonte resistente al cambio, y, en último término, una fuente de distorsiones y servidumbres. En los procesos homogeneizadores de urbani-

ALGUNOS DATOS SOBRE PERU

Tipo de servicio	Lima	Áreas de residencia Otras ciudades	Rural
	No tiene agua	30 %	63 %
No tiene electricidad	28 %	59 %	97 %
Menos de 2 cuartos	41 %	26 %	54 %
Distribución del n.º nacional de familias	20 %	26 %	54 %

(Fuentes en Carlos Amat y León: «La distribución del ingreso familiar en el Perú: sus causas e implicaciones en la política económica», en *Socialismo y Participación*, Lima, número 2 1978.

canos) es una formación cultural constitutiva de nuestras opciones más críticas. Baste recordar que el «hombre pobre» de la poesía de César Vallejo transformará su orfandad en una nueva estética: la recusación de los modelos armónicos, en primer lugar; y, desde la subversión de la misma lógica discursiva del lenguaje, la reconstrucción del cuerpo como habitante despojado, paria de la modernidad, obrero sublevado y muerto renaciente y perpetuado. Este héroe vallejiiano de la pobreza es también el hombre político virtual, aquel cuyo cuerpo capaz de rehacer el orden natural está en formación; un sujeto construido por la necesidad radical de pensar otro mundo.

3. *La violencia represiva*, que es la ejercida por el estado policial y que

muerte doble: del cuerpo vivo y del mismo cadáver. El hecho de que el discurso ideológico de la represión se sustente en valores como la «civilización occidental», la «democracia», la «familia», y el nacionalismo militante, no indica sino la falacia profunda del origen mismo del Estado latinoamericano: ese discurso nos remite a su fundación, sustenta su defensa en la distorsión y anuncia precisamente que la distorsión es su sentido. Por ello mismo, es revelador que esos militares vuelvan a plantear el viejo dilema de «civilización» y «barbarie», y proclamando que actúan en contra de la barbarie no hacen sino actualizar la ilegitimidad histórica de esos estados sin razón nacional, sin destino comunitario. Una amplia literatura ha empezado a elaborar la experiencia de la



La Guardia Nacional de El Salvador disparó indiscriminadamente a la salida de las exequias por el arzobispo Romero.

zación puede percibirse el repertorio de valores impuestos artificialmente: la conversión del campesino en habitante suburbano es una integración falaz a esos supuestos bienes. Las manipulaciones del mercado y del sistema de medios de comunicación no han sino reforzar estos procesos de desnacionalización y de pérdida de la identidad cultural. En la avanzada neo-colonialista, esta práctica distorsionante persigue hoy mismo la pacificación de los conflictos sociales a través de los espejismos del nacionalismo y de la supuesta integración. Naturalmente, buena parte de nuestra literatura ha ilustrado estos procesos. Julio Ramón Ribeyro es probablemente el narrador latinoamericano que con mayor penetración ha mostrado los conflictos entre la realidad depredadora y las compensaciones ilusorias en la persona alienada: en la clase media, sobre todo, el refinamiento patético de las apariencias y las sustituciones revela una verdadera comedia humana del subdesarrollo. El puertorriqueño Luis Rafael Sánchez, en su espléndida novela *La Guaracha del Macho Camacho* (1976) ha hecho del espejismo ideológico una apoteosis: la cultura popular y la cultura moderna urbana se traman festivamente en esta crítica del colonialismo alegre, aquel que no distingue a la víctima del victimario.

5. Y, finalmente, la *violencia descomunicativa*, que es la producida por los medios de comunicación, que distorsionan, modelan y ocultan la información. Si la cultural, como propone Lotman, es una lucha por la información, en América Latina esa lucha está decidida, en buena parte, por la violencia con que los medios actúan desde los intereses de las clases dominantes y del Estado regulador del espacio político. No se trata sólo de la censura, sino también de las imágenes que se promueven, los hechos que se recortan, las adecuaciones

que se proyectan; o sea, del pacto de control que la burguesía ha impuesto a través de su modelación de la «opinión pública». Así, estableciendo las pautas de lo dado, de lo presupuesto, de las posiciones lógicas, estos medios construyen la versión de un «mundo natural», en el cual la circulación de la información no cuestiona sino que reproduce y sustenta las jerarquías del orden. Ciertamente, esos medios se ofrecen a sí mismos como la demostración de las libertades públicas y de los derechos democráticos: «libertad de prensa», nos dicen, para una «democracia representativa» con «derecho de crítica y libre opinión», cuando es un escándalo la historia de intereses y de sumisión colonial de buena parte de esos medios, cuya ideología liberal no es sino el discurso de la práctica del «libre mercado» y de la propiedad y producción privadas. Empresas esencialmente políticas, la violencia que ejercen se ilustra en un *corpo despojado* de su libertad de elegir entre fuentes distintas de información para procesarlas él mismo, y poder criticarlas y asumirlas en libre ejercicio de su conciencia. Más aún, esta práctica de desinformación supone, en América Latina la decisión emisora e informativa en muy pocas manos, ya que la posibilidad alternativa de una prensa cooperativa o socializada ha sido interferida y distorsionada las muy pocas veces que ha tenido lugar. Así, el control de la información se revela como uno de los dramas culturales más sensibles de esos países despojados sucesivamente de su capacidad de decisión. En Perú, el proyecto de una prensa socializada y transferida a grupos organizados de la sociedad, que permitió unos dos años de intensa participación crítica de amplio sectores sociales en la prensa diaria, fracasó por interferencia del Estado, recapturado por las fuerzas regresivas que vieron en este proyecto (1974-75) la más seria ame-

naza a su poder político. En México, la historia de la intervención estatal en el diario cooperativo «Excelsior», tomado desde dentro, anuncia otro caso de expulsión de un grupo progresista, despojado así de la palabra pública, la palabra prohibida, una y otra vez incautada en nuestros países. Guillermo Thorndike escribió una brillante denuncia del fracaso del proyecto peruano en su libro testimonial *No, mi general*; Vicente Leñero otro texto documental, *Los periodistas*, sobre el caso de «Excelsior». Aunque quizá la novela más poderosa sobre la comunicación socialmente jerarquizada y dominada es *Los ríos profundos*, de José María Arguedas, donde el modelo de la comunicación plena (aquella que realiza a los hablantes) es confrontado por el de la comunicación estratificada (aquel que distribuye los roles del habla); el drama de hablar (no poder hablarse libremente los unos a los otros) no es sólo social: implica la disputa del sentido de la cultura en un mundo por rehacer. También en México, la matanza de estudiantes en la plaza de Tlatelolco (1968) ha generado un conjunto notable de novelas documentales y libros testimoniales, además de estar presente en varias otras novelas como disyunción generacional e histórica. Este movimiento narrativo es paralelo al que en Sudamérica, y desde el exilio, persigue dar forma a un entendimiento de los hechos de la derrota y de la regresión. La necesidad de procesar una información oficialmente incautada ya llevó a Gabriel García Márquez, a elaborar la magnífica parábola de los muertos que no murieron en las huelgas del banano. Todas las imágenes del cuerpo latinoamericano se actualizan en esos acontecimientos extremos de múltiple exterminio. Y la literatura responde para disputar el nuevo ocultamiento que el Estado intenta de los hechos y de los muertos. ■ J. O. y C. B.